

LA DICTADURA DE FRANCO COMO HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

Ismael Saz

Universitat de València

Parece inevitable iniciar mi exposición con algún tipo de comentario acerca de su título. Como se sabe, hay de todo menos un consenso generalizado acerca de lo qué es la historia del tiempo presente y cuáles son sus límites cronológicos. Por ello mismo, el título de mi ponencia podría interpretarse como una apuesta clara y definida por mi parte en favor de algunas de las caracterizaciones al uso. Y, sin embargo, no es mi intención entrar a fondo en tal problema. Mi propósito es más modesto. Intentaré simplemente llevar a cabo algunas reflexiones acerca del modo y el por qué la historia de la dictadura franquista podría considerarse historia del tiempo presente, para, a partir de aquí, localizar lo que desde mí punto de vista constituye el problema fundamental: el lugar del franquismo en nuestra historia y en nuestra memoria.

Si bien se mira, en efecto, algunas de las caracterizaciones de la historia del tiempo presente parecen ajustarse con claridad al ámbito cronológico de lo que fue la dictadura franquista. Tal sucede, por ejemplo, con la que posiblemente sea la más amplia de todas ellas. Aquella que tiende a identificarla, como hacía no ha mucho el actual presidente del *Institut d'histoire du temps présent*, Henry Rousso, con la

“historia más contemporánea” o la “historia del siglo XX”¹. Lo mismo podría decirse si asumiésemos la temprana formulación de François Bédarida cuando remitía a una “continuidad ininterrumpida de 1930 a 1980”, o la idea de la “historia con testigos” a que se refería Jean Pierre Azéma para marcar el mismo origen cronológico². Y no otra cosa sucedería si, desplazándonos hacia una perspectiva de contornos ideológicos variables, inci-diésemos, con Michel Trebitsch en la noción de “memoria viviente”³. Tampoco sería muy distinto el resultado, en fin, si partiésemos de la caracterización de Henry Rousso de la historia del tiempo presente como la “historia de un pasado que no está muerto”, que nos es traído todavía por la palabra y la experiencias de “individuos vivos”, por una memoria activa y acuciante⁴.

Menos clara estaría la aludida adscripción si nos remitiéramos a una caracterización de la historia del tiempo presente como una historia de las generaciones vivas. Porque, en tal caso, habría que diferenciar entre la posibilidad de una historia que abarcase la de todas las generaciones vivas o aquella otra que intentase situarse en el punto de intersección entre dichas generaciones. Ya que si, en el primer caso, volveríamos a los supuestos considerados; en el segundo, como precisara Julio Aróstegui, nos hallaríamos ante una generación, ya en su mayoría de edad, que no ha conocido directamente el franquismo, lo que, desde luego, haría más problemática la identificación del franquismo como historia del tiempo presente⁵. Y lo mismo podría decirse si hablásemos, también con Aróstegui, de historia viva, historia del tiempo vivido o historia cuyo punto nodal estaría en una “generación activa”.

No menos problemática resultaría la noción de “acontecimiento matriz” de la historia del tiempo presente. Porque, ¿cuál sería ese “acontecimiento matriz”? ¿Tal

-
1. Henry Rousso, “L’histoire du temps présent, vingt ans après”, *Dossier de l’IHTP*, juillet 2000.
 2. Jean Pierre Azema, “Tiempo presente”, en BURGUIÈRE, A. (dir.), *Diccionario de ciencias históricas*, Madrid, Akal, 1991.
 3. Michel Trebitsch, “El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998).
 4. Henry Rousso, *La Hantise du passé*, París, Textuel, 1998, pp. 57 y 63.
 5. Julio Aróstegui, “Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria”, en DÍAZ BARRADO, M.P. (Coord.), *Historia del tiempo presente. Teoría y metodología*, Salamanca, Universidad de Extremadura, 1998; del mismo, “Conclusión”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998).

vez, la última catástrofe a la vista, cómo se ha ironizado recientemente?⁶. Y, para el caso que nos ocupa, ¿habría que situar el punto de referencia en la guerra civil o en la transición? Y, desde luego, sería todavía más problemático si nos fuésemos a una caracterización en términos de procesos todavía abiertos, procesos de los que desconocemos su final, porque ello nos alejaría probablemente tanto del franquismo cuanto nos aproximaría –de nuevo Aróstegui– a los problemas mucho más acuciantes de las “sociedades de la comunicación y la información, de las sociedades-red”. En nuestro caso podríamos añadir, además, la circunstancia de que el reingreso pleno de España en la comunidad internacional se produjera justo en el momento en que ésta anunciaba el nacimiento de un mundo unipolar y caía aquella referencia –el comunismo– en cuyo fin algunos quisieron ver, incluso, el fin de la historia.

Pues bien, como señalaba más arriba, no es mi intención entrar a fondo en estos debates si no es para señalar, a modo de punto de partida, que la práctica de quienes se reclaman como historiadores del presente ha tenido y sigue teniendo mucho más que ver con un pasado que nos está presente, en un sentido crociano no hace mucho recordado por Bédarida⁷, que con aquellos procesos abiertos que conforman un presente que nos desconcierta y un porvenir que lo hace aún más. En este sentido, como apuntaba también Bédarida, uno de los efectos fundamentales de la historia del tiempo presente habría sido el de “engendrar una doble dialógica con el pasado y con el provenir”⁸.

Entiendo que éste es el tema central. No tanto para preguntarnos o reflexionar acerca de lo que es, o no es, la historia del tiempo presente, que insisto no es el tema de esta exposición, cuanto para interrogarnos acerca del presente del franquismo.

1. EL PRESENTE DEL FRANQUISMO

Por supuesto, conviene no olvidar que cuando hablamos del franquismo como presencia de un pasado presente, podemos hacerlo de dos modos. Primero, en el

6. Cfr. Pieter Lagrou, “De l’actualité de l’histoire du temps présent”, *Dossier de l’IHTP*, juillet 2000.

7. Bédarida, “Le temps présent et l’historiographie contemporaine”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 69 (2001).

8. *Ibíd.*

relativo a lo que hay en el presente-presente del pasado fijado en los escritos, en los lenguajes, en los símbolos, en las instituciones o en las prácticas, en el sentido de François Simiand o Marc Bloch. Que, si no entiendo mal, es también el de Reinhart Koselleck cuando recuerda que “la historia del tiempo presente, elevada a la categoría de concepto, es más que la historia de nuestro tiempo presente”⁹. En este sentido es indudable, que hay en nuestro presente elementos del pasado franquista, tal y como se pone excelentemente de manifiesto en la ponencia de Glicerio Sánchez.

El otro enfoque, que es el que me ocupa, podría desarrollarse a partir del enunciado de una tesis, discutible pero necesaria, que podría formularse así:

El franquismo forma parte de la historia del tiempo presente esencialmente porque la sociedad española no ha hecho las cuentas con su pasado franquista.

Creo que la perspectiva comparativa ayudará a entender lo que se quiere decir con esto. Especialmente si retenemos eso que en otras sociedades se ha dado en llamar “el pasado que no quiere pasar”. Algo de lo que se lamentan –o celebran, depende de las posiciones– alemanes y franceses especialmente. Se trata, como es sabido del problema de la presencia en los medios de comunicación, en los políticos, intelectuales e historiográficos, cuando no también en los judiciales, de un pasado traumático con fuertes componentes de culpabilidad. Y que se refieren esencialmente al holocausto en el caso alemán y a Vichy y su participación en aquél por parte francesa. Traumas que –es claro– afectan directamente a un pasado mediato de esas sociedades; pero también, indirectamente, al conjunto de su historia y, por ende, a su auto imagen.

Lamentar o celebrar la presencia de ese pasado quiere decir, sin embargo, que en esas sociedades hay un trabajo de duelo ya hecho; mejor o peor, pero ya hecho. Un trabajo de duelo que quiere decir, en la acepción que Paul Ricoeur da a esta noción freudiana, un trabajo de recuerdo, un trabajo de rememoración, que es un trabajo crítico y que, como tal, libera y desinhibe. Un trabajo de duelo que se sitúa en el lado opuesto a la compulsión de repetición, que es el reino de la melancolía y que no libera sino encadena¹⁰.

9. Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 132-133.

10. Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife, 1998, pp. 31-41.

Puede retenerse como ejemplo de trabajo de duelo ya hecho el relativo al episodio de Vél' d'Hiv'. Se conoce por tal la razzia o batida de en la que 9.000 policías y gendarmes franceses detuvieron en París y alrededores a 12.884 judíos para que fueran conducidos a los campos de exterminio (sólo una cuarentena de hombres –ninguna mujer, ningún niño– sobrevivió). Pues bien, en el 53 aniversario de la razzia, en 1995, el presidente de la República, Jacques Chirac, afirmó algo que la historiografía francesa llevaba un tiempo señalando. A saber, que los franceses habían participado en el exterminio, que Vichy era una historia francesa y no una historia impuesta por Alemania¹¹.

Este, podría decirse ya en relación a la situación española, es el trabajo que no se ha hecho todavía. Ciertamente que el franquismo no es responsable de unas prácticas genocidas como las relativas al holocausto. Pero cierto, también, que la feroz, brutal y masiva represión que desencadenó durante la guerra y la posguerra por motivos políticos contra los españoles superó ampliamente a la ejercida por esos mismos motivos por las potencias fascistas.

Pues bien, podría decirse que el trabajo de duelo de la sociedad española al respecto no está hecho y que no lo estará hasta que la máxima autoridad del Estado, el rey, no lleve a cabo una declaración similar a la francesa. No, por supuesto, para decir que el franquismo fue una cosa española, que esto ya lo sabemos, sino para reafirmar que fue un régimen brutal; que fue ese el periodo más negro, lamentable y traumático de nuestra historia contemporánea.

No se trata, desde luego, de que el Jefe del Estado español tenga que hacer el trabajo de duelo por todos los españoles, sino de enunciar de forma gráfica que tales manifestaciones por su parte constituirán la más clara señal de que la sociedad ha llevado a cabo esa tarea pendiente; y de que, en consecuencia, estará ya en condiciones de mirar con libertad, críticamente, sin melancolía ni compulsiva repetición, a su propio pasado¹².

11. Cfr. Gérard Noiriel, *Les origines républicaines de Vichy*, París, Hachette, 1999, pp. 42-43.

12. Un paso adelante se dio, sin duda, cuando, con posterioridad a la celebración de este simposio, se aprobó en la Comisión de Constitución del Congreso de los Diputados (20 de noviembre de 2002) una enmienda transaccional que condenaba el franquismo y la represión, fijaba el deber de la sociedad respecto del reconocimiento moral de las víctimas e instaba al gobierno a llevar a cabo una política integral de resarcimiento de los exiliados de la guerra, así como

2. UNA TAREA DEL PRESENTE

Es este trabajo de duelo pendiente el que nos trae a nuestro presente el franquismo, sus crímenes y su significación. Tan importante como constatar esto, sin embargo, es apuntar que no hay ninguna excepcionalidad en la situación española y que, por ello mismo, no hay motivo alguno para invocar, a modo de inevitable punto de arranque, el famoso “pacto de olvido” de la transición. En primer lugar, porque no está claro que tal pacto existiese o que la amnistía recíproca de octubre de 1977 debiera traducirse en amnesia permanente de toda una sociedad. En segundo lugar, porque no está claro que esa sociedad y, muchos menos, sus historiadores hayan “respetado” ese supuesto pacto¹³. Finalmente, porque lo que pudiera pasar en la transición –probablemente lo mejor que pudo pasar– es una cuestión del pasado. Y el problema de la recuperación de la memoria, de la realización del trabajo de duelo, es una tarea del presente. Un reto, un desafío, de nuestro presente. No parece, pues, que tenga mucho sentido lamentarse ahora de un pasado supuestamente imperfecto –la transición– para hacer frente a un reto que la sociedad plantea ahora.

Tampoco se trata de reabrir ahora una especie de juicio por las “responsabilidades” del franquismo en la forma en que se aborda el problema por Javier Pradera en relación con el libro de Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa*¹⁴. Porque no se trata de exigir responsabilidades personales, y mucho menos judiciales, por lo que se hizo o dejó de hacer durante el franquismo. Y debería quedar claro que habría de despejarse toda tentativa de bucear en el pasado para encontrar en él armas arrojadas en las luchas políticas actuales. Todos sabemos que las trayectorias personales a lo largo de una dictadura de cuarenta años son sumamente complejas, que pudieron iniciarse, por ejemplo, en el más compulsivo de los fascismos para concluir en intachables posiciones democráticas y antifranquistas.

de los “niños de la guerra”. Sin embargo, la escasa solemnidad de la declaración, el carácter elusivo de la frase dedicada a la dictadura –“nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y dignidad de todos los ciudadanos”– y la escasa voluntad mostrada por las instancias oportunas para llevar a cabo algunas de estas propuestas muestra que estamos todavía lejos de una declaración explícita, clara y rotunda de condena de la dictadura –y no de las dictaduras, en plural– por las más altas magistraturas del Estado.

13. Para todo esto, Santos Juliá, “Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición”, *Claves de razón práctica*, 129 (2003), pp. 14-24.

14. Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa*, Madrid, Espasa, 1999.

El problema estriba en otro punto más esencial y que a menudo queda hurtado. Se trata del derecho de las sociedades a la *verdad*: de que los ciudadanos tienen derecho a conocer esas trayectorias, las de la infamia y las que no son tales. Se trata también de evitar que bajo el pretexto de no indagar en las trayectorias personales el franquismo pueda terminar beneficiándose de la complejidad de las trayectorias de los que un día le sirvieron o, lo que sería peor, por aparecer como una especie de cáscara vacía de la que nadie –a veces parece que ni el propio Franco– habría sido responsable.

Tampoco se trata, en fin, de llevar a cabo una especie de *antifranquismo retrospectivo*. El antifranquismo hubo de hacerlo en su momento, no ahora. Pero el compromiso cívico con una democracia sana no puede sustentarse en ningún tipo de relación ambigua o ambivalente con el pasado dictatorial. Porque habiendo constituido aquella experiencia la máxima y más radical destrucción de la democracia y el intento más coherente, serio y continuado de arrancar de cuajo toda la tradición liberal, no se entendería bien en que extraño limbo habría de radicarse la conciencia democrática de la actual democracia española.

No se trata, pues, de hacer antifranquismo, pero sí de partir del antifranquismo. Situadas en el terreno de la democracia, ni la memoria ni la historia pueden ser neutrales. Lo que no quiere decir que se trate de insultar, juzgar o reírse de cuanto venga del régimen, que de todo hay; sino de investigar, de indagar, de poner de relieve y asegurar la pertinente proyección pública de todo aquello que todavía hoy permanece oculto o poco estudiado.

Trabajo de duelo como trabajo de la memoria, conciencia democrática e investigación histórica vienen a configurar así los fundamentos de la historia del franquismo como historia del tiempo presente. Pero, ¿cómo hacerla? De nuevo una mirada comparativa podría ayudarnos a centrar el problema.

3. UNA PEQUEÑA HISTORIA DE LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

En Alemania hay un trauma terrible, inocultable, asfixiante: la dictadura nazi y el holocausto. No es de extrañar por tanto que un Instituto para la historia del tiempo presente, el radicado en Munich, apareciera inmediatamente después de terminada la guerra, para centrarse especialmente en el estudio de la Alemania Nacio-

nalsocialista. De cuanto ha aportado esta institución a nuestro conocimiento del nazismo no hay duda alguna.¹⁵ Sin embargo, en este país la historia va en cierto modo por delante de la memoria, especialmente en lo relativo al holocausto. Durante dos décadas parece que Alemania no quiere saber, que las generaciones activas del momento quieren olvidar el pasado, especialmente en todo lo relativo al holocausto. Sería después, ya en un clima completamente distinto, cuando nuevas generaciones habrían querido saber. Y en este sentido, trabajo de la memoria y trabajo de la historia habrían venido a coincidir con esos grandes debates recurrentes de los historiadores e intelectuales, pero también con ese extraordinario desarrollo de la historia de la vida cotidiana, de la *Alltagsgeschichte* que ha venido a constituir uno de los desarrollos más fecundos de la historiografía alemana¹⁶.

En Italia, el trauma es, por así decirlo, menos apremiante. Lo es por el fascismo, por la catástrofe, por la derrota, por Saló y por la persecución de los judíos. Pero todo esto viene compensado por el ejemplo de la Resistencia y la fundamentación antifascista de la democracia italiana. No es de extrañar por tanto, que surjan muy pronto institutos –como el dedicado al estudio del Movimiento de Liberación Nacional en Italia– que tiendan tanto a fomentar la cultura antifascista como la memoria de la Resistencia¹⁷. Paradójicamente, será una especie de revuelta conservadora contra la omnipresencia de la memoria y la cultura de la Resistencia y el antifascismo la que volverá a situar la memoria del fascismo en el centro de las preocupaciones, mediáticas e historiográficas, de la década de los noventa¹⁸.

15. Véase al respecto, H. Kaelble, “La *Zeitgeschichte*: l’histoire allemande et l’histoire internationale du temps présent”, en INSTITUT D’HISTOIRE DU TEMPS PRESENT, *Ecrire l’histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida*, París, CNRS, 1993; Walter Bernerker, “La investigación histórica del tiempo presente en Alemania”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998).

16. Cfr. Geoff Eley, “Nazism, Politics and the Image of the Past: Thoughts on the West German *Historikerstreit*, 1986-1987”, *Past and Present*, 121 (1988), pp. 171-208; del mismo, “Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday -a New Direction for German Social History?”, *Journal of Modern History*, (61) 1989, pp. 297-343.

17. Cfr. Valeria Galimi, “De l’histoire de la Résistance à l’histoire du XXe. Siècle: ‘l’Istituto nazionale per la Storia del Movimento di Liberazione in Italia’ et le réseau des Instituts associés”, *Bulletin de l’Institut d’Histoire du temps présent*, 2001.

18. El punto de referencia al respecto es Renzo De Felice, *Rojo y negro*, Barcelona, Ariel, 1996.

En el Reino Unido y los EE.UU. no había un trauma comparable al alemán. Sin embargo, sí existió muy pronto en estos países la conciencia de la magnitud y trascendencia, del carácter rupturista, de las dos guerras mundiales. De ahí que no tardara mucho en afirmarse una tendencia hacia una definición de lo contemporáneo –o de lo más contemporáneo– que encontraría su reflejo en todas una serie de asociaciones y prácticas historiográficas que bien podrían simbolizarse en el *Journal of Contemporary History* cuyo referente cronológico de partida es casi siempre el siglo XX.

La situación más compleja es la de Francia. Tenía el trauma de la derrota y la ocupación, pero se situaba también en el terreno de los vencedores de la segunda guerra mundial. Derrota y ocupación extranjera, resistencia y victoria. Eran muchos los elementos que ayudaban a tapar otro trauma, el de Vichy y la colaboración, así como la participación francesa directa en el genocidio. Como en otros países, apareció también en seguida en Francia un Comité de Estudios de la Guerra, que andando el tiempo, ya en 1978, confluiría con el naciente *Institut d'histoire du temps présent*. Sin embargo, aquel comité era en exceso oficialista. Se ocupaba fundamentalmente, en orden decreciente, de la resistencia, la deportación, la cautividad, la historia militar, la historia económica y social y la historia cultural¹⁹.

Derrotados, ocupados, resistentes y victoriosos. Un trauma, el de Vichy y la colaboración había quedado tapado, escamoteado. Vichy y todo lo que significaba, que era más que la colaboración, que era también el componente francés del holocausto, había quedado casi como una “historia alemana”. La consecuencia de todo ello estaba clara: el trabajo de duelo no se había hecho. O, por decirlo con François Dosse, la memoria de los franceses sobre el régimen de Vichy hasta entrados los años setenta había sido demasiado “ciega”²⁰.

No diré que sea ésta la única causa –hay lógicamente muchas más–, pero parece evidente la existencia de alguna relación entre todo esto y la constitución en 1978 del *Institut d'histoire du temps présent* y el hecho de que, no obstante sus propó-

19. Cfr. Pieter Lagrou, “Historiographie de guerre et historiographie du temps présent: cadres institutionnels en Europe occidentale, 1945-2000”, *Bulletin du Comité international d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, 30-31 (1999-2000), pp. 191-215.

20. François Dosse, *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia, Universitat de València, 2001, p. 179.

sitos iniciales, éste terminase por ser identificado especialmente por sus estudios sobre Vichy y la guerra mundial. La profunda imbricación entre los trabajos de los historiadores asociados a la institución y la existencia de una fuerte demanda de memoria por parte de la sociedad francesa, pondrían de manifiesto en este caso la existencia de una férrea, aunque compleja, interrelación entre memoria, historia del presente y conciencia ciudadana. Lo que no quiere decir –y conviene retenerlo para el caso español– que el camino recorrido haya sido fácil. El largo e intrincado proceso que conduce a la, ciertamente tardía, declaración de un presidente de la república francesa como la que mencionábamos más arriba es el mejor testimonio de ello.

4. EL PRESENTE DE LA DICTADURA

No puede decirse que nuestra historiografía haya descuidado en modo alguno el estudio del franquismo incluso en aquellos planos más escabrosos y traumáticos, como lo es, sin duda, el de la represión. Las publicaciones al respecto son numerosísimas y la investigación llevada a cabo ha hecho posible que hoy contemos con una excelente síntesis de cuanto se ha llevado a cabo, al menos en lo relativo a los primeros años²¹. Y lo mismo podría decirse de la guerrilla, el movimiento obrero, la historia política o tantos y tantos aspectos de la dictadura sobre los que disponemos de excelentes monografías que no es el caso reseñar ahora.

Pese a ello, parece haber llegado ahora el tiempo de la memoria. Ese tiempo que trae al presente de la sociedad –no de los historiadores, que ya hacían su trabajo– la memoria del franquismo. Los síntomas de ello se multiplican y aparecen por doquier: memorias de la represión, de la cárcel, de los campos de concentración, de los fusilados olvidados; homenajes a la guerrilla; descubrimientos de fosas; asociaciones como la nacida para la recuperación de la memoria histórica; programas de radio y televisión de amplia repercusión; publicaciones de gran tirada sobre todos estos temas; interpelaciones y acuerdos parlamentarios.

Muchas son las explicaciones que podríamos dar para esta nueva situación. Los actores son muchos y sus intereses sumamente complejos. Hay mucho de ansia de la verdad y de la reparación de y a las víctimas, entre otras cosas porque lo que se

21. Santos Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

ha hecho al respecto es radicalmente insuficiente; y hay también algo de política partidaria, de querer exigirle al gobierno del Partido Popular un compromiso con la memoria del antifranquismo al que se muestra ciertamente remiso. Sin embargo, el problema parece más amplio y más profundo. Porque lo distintivo de la nueva situación parece ser la existencia de una fuerte demanda social ya no circunscrible a los actores o sectores más directamente relacionados con unos u otros aspectos concretos de la dictadura. Es algo que trasciende todo esto y que parece traslucir la existencia de una generación, o cruce de generaciones, que, ahora sí, quiere simplemente saber. Es algo que anuncia que esta sociedad quiere recuperar su memoria.

Si bien se mira no hay nada de novedoso o de excepcional en todo ello. Esta sociedad pudo apostar en su momento –en la transición– por el no saber, por el “echar al olvido”²². Pero, si lo hizo, no fue en el sentido de destrucción de la memoria sino en el de la “memoria archivada”. Una memoria que quedaba ahí a la espera de que esa misma sociedad, en su madurez democrática, fuese a buscar en el pasado nuevas claves para la fundamentación de su textura democrática. Una sociedad, en definitiva, que ha traído al presente la memoria de un pasado que ha dejado de pasar.

Todo esto significa también que los terrenos de la historia, de la historiografía y el de la memoria y su demanda social vienen a confluír de un modo nuevo que, como decía, es el mismo que han experimentado otras sociedades en las décadas precedentes. Lo que supone, en definitiva, un nuevo reto para la historia. Aquél que puede constituirlo, en lo relativo al franquismo, en historia del tiempo presente. Los indicios de que se está dando respuesta a este reto se multiplican también. Así las revistas que remiten directamente a esta problemática, como *Pasado y Memoria*, de la Universidad de Alicante o *Historia del Presente* de la UNED; así, el reciente congreso en la Universidad Autónoma de Barcelona sobre los campos de concentración; o así, los periódicos encuentros de investigadores del franquismo que organiza la red de archivos de CC.OO.

Se hace, en suma, mucho, pero queda también mucho por hacer. En este sentido me gustaría apuntar tres reflexiones acerca del modo en que historia y memoria se incardinan para devolvernos una imagen distorsionada de la una y de la otra.

22. Cfr. S. Juliá, “Echar al olvido”.

La primera es la relativa a la memoria de la gente corriente, de los españoles y las españolas de a pie, de su vida cotidiana, de los que sufrieron, pensaron y sintieron; del modo en que lucharon; de cómo experimentaron los cambios en sus experiencias y expectativas. Es verdad que algo se ha hecho al respecto, pero también que estamos lejos de haber desarrollado esa cúmulo de investigaciones que ha permitido a la *Alltagsgeschichte* alterar radicalmente nuestros conocimientos acerca de la dictadura nazi.

Y no hace falta precisar que esta falta de atención a los hombres y mujeres supuestamente sin historia y que, sin embargo, la hacen día a día, termina por resolverse en un terrible e injusto equívoco respecto de las gentes del pueblo. En efecto, la célebre imagen del “Franco murió en la cama” se ha convertido en una especie de *dictum* sobre la sociedad española del que todo el mundo puede escapar excepto las gentes “sin historia”. Sobre todo, porque las elites de todo tipo, sociales, políticas o religiosas, del poder o la oposición, tienen siempre el modo de recomponer públicamente sus propias trayectorias; las cuales conducen con frecuencia, como es sabido, a narraciones sobre largos trayectos hacia la democracia, incluso de aquellos que un día fueron sus máximos enemigos.

A esta última cara del problema se refiere la segunda reflexión a que me refería. La cual tiene que ver también con los orígenes de la transición a la democracia y lo que bien podría llamarse el “mito de los sesenta”. Es decir, a ese franquismo “desarrollista” en el que una modernización de la economía, de la sociedad y del Estado, acometida por los tecnócratas, habría puesto las bases, bien que involuntariamente, que favorecerían la futura democracia. Pero el “involuntariamente” puede resultar extraordinariamente volátil, olvidarse con facilidad; por lo que al final no aparece más protagonismo individual en el “largo camino hacia la democracia” que el de unas elites políticas ideológicamente vinculadas a la más rancias corrientes antidemocráticas del pensamiento europeo.

Son los riesgos de una historia política —o “social”— desde arriba, en la que las experiencias de la gente corriente quedan absolutamente difuminadas. Las gentes que emigraban —¿dónde el monumento al emigrante?—, las gentes que hacían largas jornadas de trabajo, los trabajadores que por cientos de miles hicieron huelgas y manifestaciones sobreponiéndose a sus propios temores, a riesgo muchas veces de perder su trabajo, su libertad o su vida —¿dónde los monumentos a los obreros muertos por la policía en Granada, Ferrol, Madrid, Barcelona o Vitoria?—.

Y algo habría que decir también de la “historia cultural” y la historia de nuestros intelectuales. Una historia en la que aún funcionan mitos que distorsionan la memoria del pasado franquista. ¿Cómo entender si no la pervivencia de ese mito del falangismo liberal al que se ha referido recientemente Santos Juliá?²³ ¿Cómo explicar la al parecer intangibilidad del mito de Ortega? ¿Y la del mito Jaime Vicens? Mitos en cuanto “intocables”, en cuanto “constructores” o “inspiradores” de la actual democracia o el nuevo catalanismo. Mitos más allá de sus méritos, precisamente porque se les sustrae al trabajo sistemático de la crítica. De una crítica, parece necesario recalcarlo, que no debe ser en absoluto iconoclasta, que debe desmitificar sin zaherir, que no puede funcionar como arma arrojadiza de unos mitos contra otros,

Una crítica que sobre todo y ante todo debe tener por objeto fundamental reconstruir nuestra historia cultural y nuestra historia intelectual, devolviendo su complejidad a procesos y personajes históricos. Porque, entre otras cosas, los falangistas-pero-liberales, Ortega y Vicens constituyen el pasado de nuestro presente intelectual. Y ¿cuál puede ser el futuro de un presente que se desentiende entre temeroso y mojigato de su propio pasado? Las actuales reflexiones autocríticas de la historiografía alemana acerca de los comportamientos y ambigüedades de ciertos científicos e historiadores sociales durante el Tercer Reich, pueden resultar aleccionadoras al respecto²⁴.

Debe recordarse, en fin, que la historia del franquismo es, también, la historia contemporánea de España y que, por esa misma razón, la memoria –o la mala memoria– del franquismo termina por afectar a nuestra percepción de la historia contemporánea. Hoy en día una nueva historia contemporánea de España parece estar construyéndose. Una historia que resaltaría las “virtudes” sin contrapeso de una Restauración, presentada, o casi, como “la primera democracia española” (antes, naturalmente, de la segunda, que sería la actual). Pero si aquella experiencia de la Restauración se malogró por el extremismo de unos u otros –el de la izquier-

23. Santos Juliá, “¿Falange liberal o intelectuales fascistas?”, *Claves de razón práctica*, 121 (2002).

24. Jesús Millán, “Presentación. El contexto de la historia social crítica en la Alemania contemporánea”, en KOCKA, J., *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

da especialmente, se dice— y las condiciones para la democracia actual se generaron con el franquismo, ¿dónde queda nuestra memoria?

5. ¿A MODO DE CONCLUSIÓN?

Enfrentarse críticamente con todos los mitos y sacar a la luz todo aquello que se desconoce o está olvidado es seguramente la tarea de la historia española del tiempo presente en lo relativo al franquismo. Asumiendo así, esa dimensión de la historia, de la historiografía que es, también, la de generar memoria. O, mejor, hacer frente desde las armas de la historia, del método y del oficio del historiador, a una demanda social, la de una sociedad española que parece querer llevar cabo el ineludible trabajo de la memoria.

Los retos de esta historia del tiempo presente son cruciales precisamente porque se producen en el terreno en que historia y memoria se entrecruzan e incluso, a veces, se confunden. Consisten básicamente en enfrentarse a un pasado traumático que aún no ha pasado y que, por ello mismo, proyecta sus sombras sobre el presente. Es un trabajo que sólo puede culminar en la asunción crítica por el conjunto de la sociedad de que la fundamentación de la conciencia democrática exige la más nítida de las condenas de la dictadura franquista, sin ambigüedades ni benevolencias.

Es un trabajo crítico, que es el único que puede conducir a un archivo digamos definitivo de los traumas del pasado. Y que, por ello mismo, no es en modo revanchista. Es, todo lo contrario, una llamada a la reconciliación, al perdón. Pero no, por decirlo con Paul Ricoeur²⁵, a un perdón fácil, evasivo, benévolo o indulgente. Sino a un perdón difícil. Ese perdón que exige pasar la prueba de pedirlo, que impide ahorrarse el deber de la memoria, que requiere “tomarse en serio el carácter trágico de la acción, (que) acomete la raíz de los actos y el origen de los conflictos y de los daños que requieren ser perdonados”, que está destinado a “deshacer enredos”. Un perdón que pide el ofensor y otorga el ofendido. El único perdón que hace posible la “curación de la memoria herida” y permite la proyección “de forma creadora hacia el futuro”.

25. P. Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado*, pp. 62-65.

¿Quién tiene que pedir ese perdón? Porque si todos los supuestos extremistas –republicanos, antifranquistas y franquistas– han sido iguales, ¿quién otorgará el perdón para liberar, para curar, la memoria? Porque no se trata aquí, conviene precisarlo, de la guerra civil, un episodio trágico, con todas las miserias y crueldades que conllevan casi inevitablemente esos episodios, sobre el que creo que el trabajo de duelo está hecho. Como está concedido el perdón difícil de los unos y los otros, lo dieron, hace ya mucho tiempo, los comunistas y los católicos, los socialistas y los monárquicos, y lo remachó la transición.

Se trata, sencillamente, del franquismo, porque ahí no hubo nada de inevitable, porque en sus prácticas y proyectos, incluida la brutal represión del principio y su selectiva continuación después, todo fue “voluntario”. Por ello, la dictadura es nuestro último trauma histórico, el único “vivo”. Porque nadie ha pedido perdón, porque no se ha hecho el trabajo de duelo. Porque ese es nuestro Vichy.

¿Quién ha de pedir entonces perdón? Sólo, tal vez, los que no lo hayan hecho todavía. Posiblemente ni siquiera eso sería necesario. Bastaría, a lo mejor, con que un Jefe de Estado español diga algún día eso de que la conciencia democrática exige una ruptura y condena expresa de la etapa más negra de la España contemporánea. Y para que ello se produzca es absolutamente necesario proseguir con el trabajo de la memoria y practicar ese aspecto de la historia del tiempo presente que llevan practicando los historiadores y los ciudadanos de países muy próximos a nosotros.

